

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

De la obra © : ÁNGEL ÁLVARO MARTÍN DEL BURGO

De la edición © EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
www.cuadernosdelaberinto.com
Dirección de la colección: ALICIA ARÉS

Diseño de la colección © Absurda Fábula
www.absurdafabula.com

Fotografías de cubierta (*Etna III, Sicilia*) © SOFÍA NAVARRO ESCAÑO
Fotografías interiores © SOFÍA NAVARRO ESCAÑO
Fotografía del autor en solapa © MARÍA DIEZ

Todos los derechos reservados.
Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento
y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por
método alguno, salvo permiso expreso del editor.

Enero 2019
I.S.B.N: 978-84-949275-3-9
Depósito legal: M-1992-2019

Impreso en España.

Á. Álvaro Martín del Burgo

LOS AMORES DE MADERA



EDITORIAL CUADERNOS DEL LABERINTO
—ANAQUEL DE POESÍA, n°89—
MADRID • MMXIX

I. Si cantara un ángel que muere

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Invitados

Del hombre mortal y leve,
numeroso de días,
entonaremos graciosos poemas
a propósito de
su estancia en la tierra y en los infiernos.
Toda verdad queda entre
las oraciones a Dios y el Silencio.

Y festejaremos el Amor,
voz nuestra que tomamos del cielo,
porque somos invitados a una boda
y los muertos no mueren
si van tomados de la mano.

El Amor, frágil y blanco,
como una especia, romero o tomillo,
y tantas otras con que
mercaron los fenicios en sus viajes.

¿Arribaremos a dónde? Veis la orilla...
Del otro lado la vista es hermosa,
porque no se ven las puestas de Sol,
pero somos nosotros la puesta de Sol.



Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Etna I, Sicilia

Un ángel que muere

No sabíamos que el alma iba a volar,
que la tarde rojiza tornarí­a parduzca, casi negra,
que los hermanos eran pasajeros.
No supimos de la vida poniente,
como un vino al sol que entinta el verano
con sus parajes a la sombra de cipreses.

La brevedad de un ángel,
que muere y escancia las horas,
nos ha llamado de espaldas.
Y al girar
hemos visto cosas que vimos
y cosas que hacen memoria,
pero tanto pesan, o más, si marcharon.

No sabíamos que el alma iba a volar,
ni tan felices que fuimos, guiados
por los raí­les chillones de un tranvía amarillo
sobre calles viejas de una ciudad de Europa.
Y cómo alegraban los pájaros y el frescor
de la tarde en retirada, ya rojiza.
El viento corría, llevando
el pelo rubio de
mujeres sentadas en veladores,
mujeres que ríen ajenas.
Y las campanas de la Catedral prometían las ocho,
tronando fuerte, ¡cosa tan grande!,
que rompa la espina y bracea los cuerpos.

Ahora, de lejos, en el campanario, creemos ver
un ángel que muere, la piel tan blanca.

Pero el aire corre laborioso
y empuja las ramas, que se mecen salvajes,
y abanica las hojas, que van pintando la tarde
color rojizo, de verano y de vino,
casi parduzco.

Editorial CUADERNOS DEL LABERINTO

Plegaria

El hombre callado, lleno de Dios,
a la vera del agua,
las pisadas al mar.

El viento en contra va bendiciendo
las horas,
la cabellera danza el aire,
sin ruido,
los pasos van marcando, camino de piedras,
dibujos suaves en la arena.

La piel descalza es el hombre y su tierra
que trina,
¡felices peregrinos!, si el pájaro alzara a volar
los ángeles vestirían de blanco.

El hombre, brazos abiertos, cuerpo en cruz,
el alma a la mar,
el peso a la vida,
entona su plegaria, sencilla, serena,
canción de amor a la tierra,
bendición de los pasos,
voz y camino.

Lo que el mar guarda y ofrece

Si a la mar se le hubiera muerto un hijo,
como lloran las mujeres en tierra,
no tendría hambre de tantos marinos
que guarda entre la entraña y la marea.

Los hombres parten, se hacen a la mar,
las madres velan las noches rezando.
¡Por el agua negra azoran los barcos,
y allá se canta al regreso y al azar!

Si el sabor de la muerte y la sal
fueran uno, si la mar enterrara
los cuerpos con algo más que silencio

—juntas la ola y la cruz en astillero—,
sabríamos que el agua son ventanas
hacia otras rutas que hemos de adentrar.

Costa de la muerte. Carrera de marineros

El viento rompe la hora
y la playa es una tierra negra sin dioses.
A Costa da Morte afila la cruz y la roca,
y la piedra, alta y brusca,
sacrifica la piel de un ángel.
El temporal no concede, la marea ruge.

El faro alumbra a los marinos
como una última llamada de la casa.
De donde acaba la tierra,
un brazo tendido en forma de luz,
trazando la vida. Finisterre, agua y ocaso.

El océano ofrece los peces y la muerte
en un mismo vaivén.
Los hombres han de vivir, afrontan la mar
por tener el alimento y la faena.
Las familias quedan en casa,
mujeres con bargueños y cántaros a la cabeza,
rezando el Ángelus
por tener esperanza.

Amaneciendo, se lanzan a la mar.
De niños les han dicho:
*Sois pobres, seréis felices, haréis carrera de marineros,
tornaréis fuertes.*

La ley del hombre de mar es ayudar al hombre de mar.
Contra el agua, son todos compañeros.
El mar juega fuerte y cobra cuanto quiere.

Una madre pide a un buzo,
*Rubio de Camelle*¹, nuestro barco
ha hundido. Mi hijo está en el fondo del mar,
tráelo a la tierra y dánoslo de vuelta.

El océano ofrece
en una misma ola el alimento y la muerte.
La ley del hombre de mar es entregarse al hombre de mar.
Juntos reman.

¡La fuerza del mar nos sostiene,
la carrera aún,
la vida puede!

1. O Rubio de Camelle: buzo conocido por rescatar los cuerpos sin vida de marineros en la Costa de la Muerte.

Giorni e silenzio (San Michele)²

El agua sobre el agua
y las trazadas de espuma,
el mar fecunda la tierra, próspera *città*.

La venida en mar
y el camino a San Michele,
isla de muertos, coronada de cipreses.

La canción que mece y el cielo
entonan juntamente la barca y el viaje,
los muertos conocen bien,
y ellos cuentan los romances de muertos.

Silenzio. Giorni e silenzio.
Sólo el silencio, y una tormenta de pájaros feroces,
vendaval en alarido, lucha alada,
graznido salvaje del mármol y la arena.

Dan la bienvenida
los campo santos de niños azulados.
¡Niños, que vivieron sólo infancia, niños, venid!
Los habían invitado al paraíso, y ellos acudieron.

Los jardines preñados de cruces blancas,
enroladas a la hierba, nos convencen de...
No digáis,

2. S. Michele es el cementerio de la ciudad de Venecia, en una isla propia.